

## EL DESAFIO DE LOS HISTORIADORES, A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE ARNOLDO MORA\*

Iván Molina Jiménez

*Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica* es el atractivo título del último libro de Arnoldo Mora, publicado por el *Departamento Ecuménico de Investigaciones* en su colección Universitaria. La pequeña obra -de sólo 47 páginas- está dividida en dos capítulos y, en lo esencial, se propone demostrar que el Independiente Democrata, fundado en 1893 y disuelto en 1897, fue el primer partido socialista de Costa Rica y que su líder, el abogado Félix Arcadio Montero, fue el verdadero fundador del socialismo costarricense<sup>(1)</sup>.

El tema es interesante sin duda y su importancia no se discute; pero el libro, aunque lo prometa, no aporta nada nuevo a la cultura nacional. Es fácil descubrir por qué: historiográficamente, el autor se sitúa todavía en la década de 1960 y no en la de 1980. El vocabulario es el delator inicial de esta ubicación. El culto al individuo y al acontecimiento revive, con toda su fuerza, en la pluma incauta del filósofo que, a la altura de 1988, se permite hablar aún de:

*"...la obra titánica de Carrillo... Carrillo [el que] inicia la inserción de Costa Rica en el mercado mundial... el creador del Estado Nacional Costarricense ...Guardia [el que] con su recia personalidad, logra desplazar a la más rancia oligarquía*

---

\* La primera versión de este trabajo fue leída por Víctor Hugo Acuña, quien sugirió algunas modificaciones que contribuyeron a mejorarlo; pero el autor es el único responsable de los errores y omisiones que contenga.

*cafetalera... [que] el hecho histórico más significativo de nuestra historia republicana es la batalla de Ochomogo ...”* (2).

El lenguaje no es naturalmente el único indicador de un pensamiento envejecido. Mora, desconociendo las investigaciones de Elizabeth Fonseca, Lowell Gudmundson y Patricia Alvarenga, no vacila en bajar del desván la pintura, ajena por entero a la evidencia histórica, que Rodolfo Cerdas trazara en 1962 del legado colonial de Costa Rica. El autor, sin embargo, se cuida de no citar *Formación del Estado en Costa Rica* -obra, al fin y al cabo, de un individuo que abjuró del socialismo- y remite, en cambio, al *Gregorio José Ramírez* de Meléndez y Villalobos que, en 1973, se hizo eco discretamente de la escolástica cerdiana (3).

El autor, al que son extraños también los trabajos de Claudia Quirós, Margarita Bolaños y Víctor Hugo Acuña, soslaya el descontento del campesinado del Valle Central, que desde el siglo XVIII, se organizó y luchó por acceder a la tierra, defender el suelo comunal y los derechos a él asociados y, hacia 1900, obtener un precio justo para el café que cultivaba. El filósofo, que opta por seguir en todo momento a Vladimir de la Cruz, asevera que la lucha social -a la que concibe únicamente en su expresión obrera- sólo se conoció en Costa Rica al agonizar el siglo XIX (4).

La confianza depositada en el libro de Vladimir de la Cruz despierta, de inmediato, la desconfianza del lector. *Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930*, en la que se roturó tierra virgen con un equipo tosco, viejo, roto y oxidado, ¿es lo mejor que hay sobre la organización y el descontento artesano y obrero que florecieron en las décadas de 1880 y 1890? Mora puede que así lo crea; pero despreciar el excelente estudio de Mario Oliva, al que sólo cita fugazmente para advertir que no menciona a Félix Arcadio Montero, es un verdadero sacrilegio intelectual (5). La ausencia de *Artisanos y obreros costarricenses 1880-1914* pesa, sin cuento, a lo largo de *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica*.

La lista de desaciertos, por desgracia, se alarga conforme la lectura avanza. El filósofo, que no considera tampoco los trabajos de Mario Samper sobre la trayectoria de la estructura socio-ocupacional costarricense y la colonización agrícola del noroeste del Valle Central, no titubea en avalar la observación sin fundamento de Miguel Picado que, en *La palabra social de los obispos costarricenses*, asevera categóricamente:

*“si [al acabar el decenio de 1880] en Europa existía un proletariado obrero, en Costa Rica se formó un proletariado agrícola”* (6).

El autor, que desdeña abiertamente el nuevo conocimiento histórico, extiende su desprecio al oficio mismo del historiador. Vladimir de la Cruz supone, sin evidencia que lo apoye, que Félix Arcadio Montero, durante su exilio en Europa, conoció el ideario socialista. La conjetura es, sin duda, arbitraria; pero sirve a Mora para aseverar que el desterrado contactó con las figuras forjadoras del socialismo científico <sup>(7)</sup>. Más grave es, sin embargo, que el filósofo escriba sobre el Independiente Demócrata y su líder sin haber consultado, en forma exhaustiva, el periódico del partido y sustente la exposición sólo en materiales secundarios; infortunadamente, no en los mejores que ofrece el mercado <sup>(8)</sup>.

La historiografía tradicional, de la que Mora aunque no lo quiera participa, sostiene que el Independiente Demócrata fue casi socialista, doctrinario, afín a los intereses de los artesanos y los obreros y que Félix Arcadio Montero fue casi un líder de izquierda. El filósofo, que incorporó sin la debida crítica cuanto aserto favorable a su punto de vista encontró, se limitó a eliminar el casi. El análisis del periódico, no obstante, revela algo muy distinto: un fuerte personalismo en torno a la figura del prócer, una renuencia patente por aparecer como un partido obrero y un rechazo tajante del socialismo y del comunismo.

El Independiente Demócrata, aunque se declaraba doctrinario y no personalista, exaltó día tras día, sin fatiga y con ardor, a Félix Arcadio Montero, a cuya muerte no sobrevivió. La imagen que se ofrecía del líder era enteramente generosa. El periódico del partido, en octubre de 1893, se ufanaba de que:

*“el Licenciado Montero es hijo del pueblo como nosotros. El ha comido el pan que se amasa con el sudor que surca la frente del jornalero en los ardorosos días de verano; él se ha formado por sí sólo debido á su voluntad inquebrantable y pasado de transición en transición por fases distintas de la vida. En su juventud, casi en su niñez, fue rudo labrador en el campo, luego estudiante, después maestro de escuela, más tarde sirvió como Alcalde y finalmente dio cima a su carrera ejerciendo su profesión de abogado “<sup>(9)</sup>.*

El retrato, al celebrar la trayectoria vital de Montero, admitía que el ascenso material, en la Costa Rica del siglo XIX, no era una quimera; pero delata, ante todo, una ideología pequeño burguesa, glorificadora del pequeño propietario individual, que sabía sobreponerse por su propio esfuerzo, a las adversidades de la vida cotidiana. La invocación al pueblo con que empieza la alabanza es, al fin y al cabo, engañosa: el pueblo del que provenía el líder no

significaba clase. El Independiente Demócrata, en noviembre de 1893, acotaba, en efecto, que la:

*“democracia es el gobierno del pueblo. Pero la palabra pueblo no se toma aquí en el sentido de la gente de baja estofa, de los perdularios -de la canalla- como hay gentes que quieren darlo á entender, ni tampoco comprende sólo á los campesinos, á los obreros, á los pobres, como en contraposición á los ricos y a los que suele designarse con el título de gente decente. Pueblo no es en este sentido sólo la gente descalza, ni la de chaqueta, no. En este sentido pueblo somos todos; absolutamente todos”* <sup>(10)</sup>.

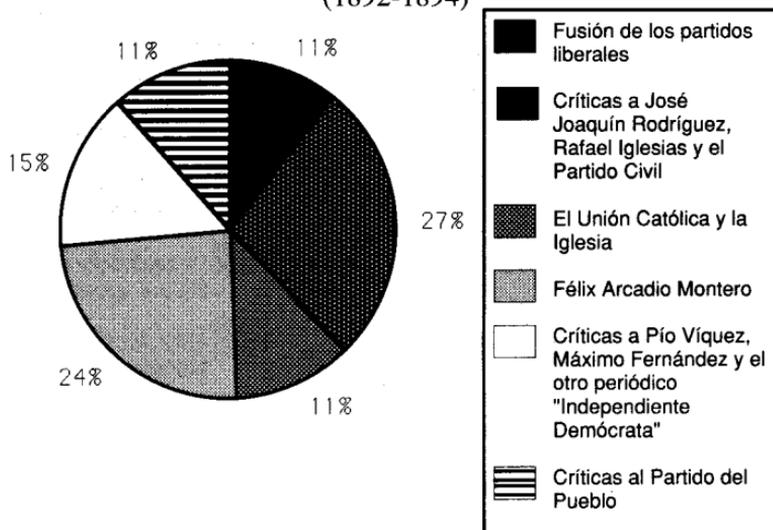
Félix Arcadio Montero, en su tumba submarina, se debate sin duda entre el desconuelo y la cólera cada vez que se le atribuye -con o sin el *casi*, pero siempre injustamente- la fundación del socialismo en Costa Rica y que se califica de socialista a su partido. El Independiente Demócrata, es cierto, simpatizaba con el Unión Católica; no con la izquierda, a la que fustigó con largueza en febrero de 1893, en un artículo elocuente y despiadado, que empezaba por advertir:

*“los partidarios de esos pretensos [sic] reformadores [los socialistas] se dejan llevar de la ilusión de creer que se puede suprimir el principio de propiedad y la libre concurrencia entre los productores y los consumidores, entre los vendedores y los compradores; forzar la abnegación al interés social, y establecer la igualdad de las condiciones. El conjunto de esas conivenciones sociales se han llamado Socialismo y Comunismo. Socialismo porque ellas tienen por objeto reorganizar la Sociedad; ó porque predicán sistemas de asociación general o universal; o porque sacrifican el individuo a la Sociedad... En todos esos desvaríos [socialismo y comunismo] se parte de la hipótesis de que se puede llegar a suprimir del corazón humano la noción de tuyo y mío, el instinto de propiedad, el interés individual que hace preocuparse ante todo de sí y de los suyos; que se puede reemplazar en su naturaleza este interés individual por el interés social, y dar á este último móvil la misma energía que el interés que se toma por sí mismo y que se encuentra en la familia... El comunismo apaga todo ardor por el trabajo, todo estímulo para el ahorro; y conduce á la disminución incesante de Capital y de Producción: es decir, a la Miseria. El Socialismo, es decir, el conjunto de las doctrinas socialistas, vuelve la espalda al progreso, es contrario al liberalismo ...”* <sup>(11)</sup>.

La información que aparece en el órgano oficial del partido también es reveladora. La Biblioteca Nacional guarda 137 de los 222 números publicados entre 1892 y 1894 y en 1897. Los gráficos Nos. 1 y 2, aunque se basan sólo en los artículos cuya temática se repetía con cierta frecuencia -un mínimo de 15, con tema similar, para cada lapso-, iluminan el espectro de preocupaciones básicas del Independiente Demócrata. El periódico, lejos de consagrar sus páginas a defender los intereses de artesanos, obreros y campesinos, gastaba tinta y papel en celebrar a Félix Arcadio Montero y sumarse a la batalla electoral de corto plazo, en cuyo bullicio la voz del productor directo se desvanecía.

### Gráfico No. 1

Independiente Demócrata: distribución de los artículos cuyo tema se repetía con cierta frecuencia (1892-1894)



FUENTE: Periódico *Independiente Demócrata* (1892-1894)

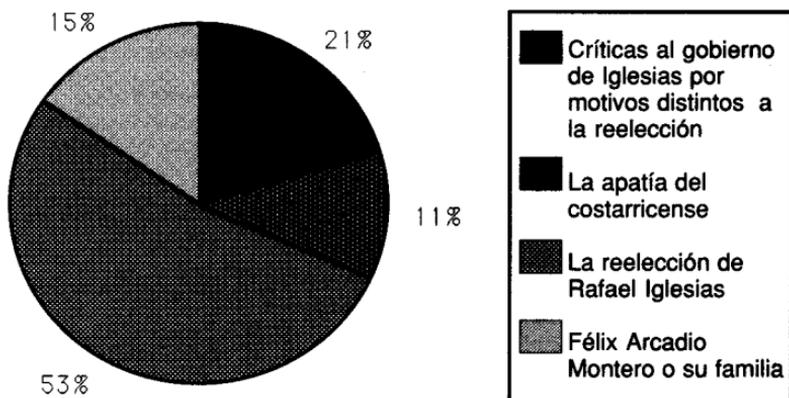
El Programa de Gobierno del Independiente Demócrata no se apartaba un ápice de lo ya descrito. El contenido es sobre todo político. La situación de los artesanos y los obreros, por apurada que fuera, no suscita siquiera una frase; pero sí se enfatiza en el establecimiento de un banco hipotecario, única reivindicación económica que se formula sin tapujo. La fundación de una institución de esa naturaleza, en un país donde el crédito era decisivo en la dominación social y la extracción del excedente, fue

un sueño acariciado, desde el inicio de la expansión cafetalera, no por el trabajador urbano, sino por el productor agrícola, sometido financieramente a la burguesía agroexportadora.

La sombra del modesto empresariado agrario, que se perfila con disimulo tras la bandera del Independiente Demócrata, no es inusitada: Félix Arcadio Montero fue, aparte de abogado y político, un agricultor cafetalero en el noroeste del Valle Central y su partido no constituyó una experiencia única en el concierto continental. El ocaso del siglo XIX fue testigo de una significativa movilización de los sectores medios rurales, que apoyaron a Batlle y Ordóñez en Uruguay, a la Unión Cívica Radical en Argentina y al *People's Party* en Estados Unidos<sup>(12)</sup>.

### Gráfico No. 2

Independiente Demócrata: distribución de los artículos cuyo tema se repetía con cierta frecuencia (1897)



FUENTE: Periódico *Independiente Demócrata* (1897).

La evidencia insinúa, así, que el Independiente Demócrata estaba, histórica e ideológicamente, más cerca del liberalismo constructivo alabado por Rodrigo Facio, que del socialismo<sup>(13)</sup>. Félix Arcadio Montero, a su vez, fue más un precursor de Andrés Venegas, Gerardo Matamoros y Manuel Marín Quirós, que de los modernos líderes de la izquierda costarricense<sup>(14)</sup>. El hallazgo delata una utilización partidista y miope de la historia, que no es excepcional por desgracia. El estudio episódico e institucional de la lucha artesana y obrera ha servido de excusa a diversos autores para legitimar la existencia del Partido Comunista<sup>(15)</sup>.

La incapacidad del filósofo para incorporar los avances logrados por la nueva historiografía costarricense desde 1970 no es, en absoluto, un caso aislado y se revela, sin demora, en trabajos recientes y, a diferencia de *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica*, valiosos; pero escritos bajo el peso de un marco histórico caduco: el de Sergio Reuben, que sólo encuentra una Costa Rica capitalista después de 1950; el de Roger Churnside, que resucita parcialmente la idílica democracia rural de Carlos Monge; y el de Alvaro Quesada, para el que la transición hacia el capitalismo se inició hacia 1900<sup>(16)</sup>.

El desconocimiento de la nueva historia, ¿obedecerá a una circulación deficiente de la información? La difusión del nuevo saber es difícil, ya que la derrota de la historiografía tradicional no es todavía total; pero el esfuerzo por difundirlo, encabezado por la *Revista de Historia* y los *Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas*, es constante. El historiador que se afana porque se conozca su trabajo, tiene el deber de denunciar el ensayismo fácil y la falta de rigor, exigir que el estudioso de la historia nacional esté actualizado y abogar por la construcción de un conocimiento histórico abierto y crítico.

Es cierto que la ignorancia de la *nueva historia* está motivada, a veces, por razones ideológicas y personales; pero hunde sus raíces en una disyuntiva compleja, difícil y quizá dolorosa. El desarrollo de las Ciencias Sociales en Costa Rica se adelantó significativamente al de la historia, a cuyo florecimiento sin duda contribuyeron más tarde<sup>(17)</sup>. La ventaja, sin embargo, tuvo su precio. El diagnóstico que el científico social efectuó sobre el presente del país y el proyecto que diseñó para su futuro partieron del conocimiento histórico que existía entre 1950 y 1970: limitado, insuficiente y fragmentario. Este fue el lastre con el que las Ciencias Sociales iniciaron su vuelo.

El paisaje intelectual, al agonizar la década de 1980, es distinto. Los hallazgos ofrecidos día con día por el historiador obligan al psicólogo, al trabajador social, al politólogo, al estudioso de lo literario, al planificador, al filósofo y sobre todo al economista y al sociólogo, a revalorar integralmente la Costa Rica actual y la del porvenir. El desafío, ¿será asumido? Es verosímil; pero no será sencillo hacerlo y no siempre lo será. La actualización del *marco histórico* que, con indiferencia de su ideología, se exige del científico social, entraña modificar ideas, teorías y esperanzas, forjadas al calor de un saber histórico que figura ya, con justicia, en el catálogo del anticuario.

La espera, a todas luces, será larga. El lastre está firmemente asido. El científico social vacila entre ser fiel a un paradigma seguro

y conocido y el territorio inexplorado y peligroso al que lo invita el historiador. El colega de Ciencias Sociales se asoma por la ventana; pero sólo raramente le abre la puerta. Todavía, en numerosas asignaturas, se enseña la historia de Costa Rica con libros disputados a las arañas y los ratones; aún se cree -me lo acaba de decir grave y adusto un intelectual doctorado en el extranjero- que en historia económica no hay nada nuevo desde el célebre *Estudio sobre economía costarricense*, que Rodrigo Facio escribiera en 1940.

El desafío que se extiende al bardo y al novelista, al dramaturgo y al cantor<sup>(18)</sup>, es también político. El conocimiento histórico, que sobresale por su ausencia en la ideología de la izquierda -que ajusta la historia del país que sueña con transformar a un esquema marchito y ficticio-, ha informado, en cambio, la ideología burguesa decisivamente. La idea de progreso, avanzada por los escritores liberales del siglo XIX y la concepción de democracia rural, construida por la intelectualidad socialdemócrata<sup>(19)</sup>, legitimaron el modelo agroexportador, que floreció entre 1850 y 1930, y la diversificación agrícola e industrial, posterior a 1950. Los nuevos descubrimientos, ¿estarán condenados a rebotar eternamente de un muro al otro?

El historiador que en la práctica de su oficio aprende a ser paciente, lo es; mira su biblioteca, sobre la que el sol de la tarde derrama sin avaricia un manojo de colores y cuenta los Avances de Investigación -31 en los últimos cuatro años- publicados por el Centro de Investigaciones Históricas, las tesis de Maestría en Historia ya defendidas -más de 10 desde 1984-, los artículos aparecidos en revistas especializadas, y sobre todo en la *Revista de Historia*, las obras impresas y las investigaciones que se efectúan en la Universidad Nacional y en la Universidad de Costa Rica; testimonio todo de una aventura seria, diversa y colectiva.

La mirada, de pronto, se suspende en algún libro querido y él se pregunta: ¿tanto esfuerzo será en vano? ¿Hasta cuándo el científico social restaurará las fortalezas de la historia tradicional, se afanará por unir, otra vez, los fragmentos del vetusto cascarón de la escolástica, destruido ya un sinnúmero de veces, y rehabilitará las viejas mentiras y los antiguos mitos? La historia, ¿seguirá siendo el coto del charlatán y el oportunista? El sino de los historiadores, que se desvelan por edificar un conocimiento histórico nuevo, razonado y verificable, pero siempre inacabado, ¿será idéntico al de Sísifo con su piedra?

## Notas

- (1) MORA, Arnoldo, Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica (San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1988).
- (2) *Ibid.*, pp. 12-13. Todo paréntesis así [ ] es mío.
- (3) Loc. cit. Véase, al respecto: MOLINA JIMENEZ, Iván, "El Valle Central de Costa Rica en la Independencia". En: Revista de Historia. Heredia (Costa Rica), No. 14 (julio-diciembre de 1986), p. 89.
- (4) BOLAÑOS, Margarita, La lucha de los pueblos indígenas del Valle Central por su tierra comunal. Siglo XIX (San José, Universidad de Costa Rica, Tesis de Maestría en Historia, 1986). De la misma autora y de QUIROS, Claudia, "Las tierras comunales indígenas y la política liberal agraria. El caso de Cot: 1812-1890". En: Revista de Ciencias Sociales. San José (Costa Rica), No. 1 especial (1985), pp. 97 -103. ACUÑA, Víctor Hugo, "Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)". En: Revista de Ciencias Sociales. San José (Costa Rica), No. 31 (marzo de 1986), pp. 113-112. A esta lista habría que añadir: MOLINA JIMENEZ, Iván, "Organización y lucha campesina en el Valle Central de Costa Rica (1825-1850). En: Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas. San José (Costa Rica), No. 19 (octubre de 1986), pp. 1-30. CASTRO, Silvia, Conflictos agrarios en una época de transición. La Meseta Central (1850-1900) (San José, Universidad de Costa Rica, Tesis de Maestría en Historia, 1988).
- (5) OLIVA, Mario, Artesanos y obreros costarricenses 1880-1914 (San José, Editorial Costa Rica, 1985). En cuanto a las críticas al libro de Vladimir de la Cruz, véase: ACUÑA, Víctor Hugo, "Vladimir de la Cruz y la interpretación socialdemócrata de nuestra historia". En: Revenar. San José (Costa Rica), No. 3 (junio de 1981), pp. 10-11. QUESADA, Rodrigo, "El movimiento obrero en Costa Rica visto por los historiadores". En: Aportes. San José (Costa Rica) No. 21 (septiembre-octubre de 1984), pp. 27-31. GONZALEZ, Edwin, "¿Obreros de la historia o historia de los obreros?" En: Revista de Historia. Heredia (Costa Rica), No. 11 (enero-junio de 1985), pp. 163-169. ROSABAL, Guillermo, "Cultura y clase trabajadora. A propósito de 'Artesanos y obreros costarricenses.1880-1914'". En: Revista de Historia. San José (Costa Rica), No. 16 (julio-diciembre de 1987), pp. 207-212.
- (6) MORA, op. cit., 1988, p. 24. Véase, también: SAMPER, Mario, "Los productores directos en el siglo del café". En: Revista de Historia. Heredia (Costa Rica), No. 7 (julio-diciembre de 1978), pp. 123-217. Del mismo autor, "La especialización mercantil campesina en el noroeste del Valle Central: 1850-1900. Elementos microanalíticos para un modelo". En: Revista de Historia. Heredia (Costa Rica), No. 1 especial (1985), pp. 49-87. Del mismo autor, "Uso de la tierra y unidades productivas al finalizar el siglo XIX: noroeste del Valle Central, Costa Rica". En: Revista de Historia. Heredia (Costa Rica), No. 14 (julio-diciembre de 1986), pp. 133-177.
- (7) DE LA CRUZ, Vladimir, Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930 (San José, Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial Costa Rica,

1980), p. 52. MORA, op. cit., 1988, p. 46. El ejemplo, que evidencia la tergiversación en que incurre Mora, ilustra claramente cómo la especulación nace, se alimenta, crece y se perpetúa.

- (8) Me gustaría aclarar dos puntos: a) Mora cita sólo los números 66, 67 y 69 del Independiente Demócrata, de los que extrajo las Bases Políticas, los Estatutos y el Programa del partido (pp. 32-43, casi un 25 % del contenido del libro); y b) de los historiadores en los que sustenta su exposición, el único que sobresale es Orlando Salazar, cuya tesis doctoral, sin embargo, no consultó. Véase: SALAZAR, Orlando, *Le système politique au Costa Rica: 1889-1919* (Paris, Institut d' Hautes Etudes de l' Amerique Latine, 1980).
- (9) Independiente Demócrata, 15-10-1983, p. 3. El análisis siguiente sobre el partido y su líder se basa en: BEECHE MICHAUD, Hortensia y MOLINA JIMENEZ, Iván, *Análisis ideológico del partido Independiente Demócrata (1893-1897)* (San José, inédito, 1982). Este trabajo, que contiene una evaluación detallada de la fuente periodística y de la metodología con que se la explotó, fue escrito para el curso Partidos Políticos de América Latina, impartido por el doctor Orlando Salazar el primer semestre de 1982 en el programa de Maestría en Historia de la Universidad de Costa Rica.
- (10) Independiente Demócrata, 25-11-1893, p. 2. Los subrayados son del original.
- (11) *Ibid.*, 4-2-1893, p. 3. Los subrayados son del original.
- (12) Véase, al respecto: HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, 7a. edición (Madrid, Alianza Editorial, 1979), pp. 324-329. CARMAGNANI, Marcello, *Estado y sociedad en América Latina* (Barcelona, Editorial Crítica, 1984), pp. 164-172. HICKS, John, D., *The populist revolt. A history of the Farmer's Alliance and the People's Party* (Nebraska, University of Nebraska Press, 1970).
- (13) FACIO, Rodrigo, *Estudio sobre economía costarricense*, 3a. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1978), pp. 214-215.
- (14) ACUÑA, art. cit., 1986, pp. 113-122.
- (15) DE LA CRUZ, op. cit., pp. 268-269. AGUILAR, Marielos, Carlos Luis Fallas: su época y sus luchas (San José, Editorial Porvenir, 1983), pp. 39-46. Para una crítica de este libro, véase: ACUÑA, Víctor Hugo, "Carlos Luis Fallas. Una biografía política". En: *Aportes*. San José (Costa Rica), No. 18 (marzo-abril de 1984), pp. 36-37. BOTEY, Ana María, "Las luchas populares en Costa Rica (1870-1930)". En: MURILLO, Jaime, ed., *Desarrollo institucional de Costa Rica: de las sociedades indígenas a la crisis del 30* (San José, Ediciones Guayacán, 1988), pp. 349-368. De la misma autora y CISNEROS, Rodolfo, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista en Costa Rica* (San José, Editorial Costa Rica, 1984), pp. 133-138. CONTRERAS, Gerardo y CERDAS, José Manuel, *Los años 40. Historia de una política de alianzas* (San José, Editorial Porvenir e Instituto Costarricense de Estudios Sociales, 1988), p. 11. La omisión de la obra de Mario Oliva es notoria en el libro de Contreras y Cerdas y en el artículo de Botey.

- (16) REUBEN, Sergio, "Innovaciones en la política económica de Costa Rica. 1976-1986". En: *Avances de Investigación del Instituto de Investigaciones Sociales*. San José (Costa Rica), No. 67 (1987), pp. 3-4. CHURNSIDE, Róger, *Formación de la fuerza laboral costarricense* (San José, Editorial Costa Rica, 1985). QUESADA, Alvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910), enfoque histórico social* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1986). Esta lista no es, obviamente, exhaustiva. Véase, además: SAMPER, Mario, "Fuerza laboral, economía e historia social". En: *Revista de Historia*. Heredia (Costa Rica), Nos. 12-13 (julio de 1985-junio de 1986), pp. 191-195. MOLINA JIMENEZ, Iván, "Literatura y modo de vida. Reflexiones sobre un libro de Alvaro Quesada Soto". En: *Revista de Historia*. San José (Costa Rica), No. 15 (enero-junio de 1987), pp. 123-129.
- (17) RAMIREZ, Gonzalo, "Una interpretación histórica de la evolución de las Ciencias Sociales en Costa Rica". En: *Revista de Ciencias Sociales*. San José (Costa Rica), No. 33 (septiembre de 1986), pp. 93-105. GONZALEZ, Paulino, "Los avatares de la nueva historia". En: *Revista de Historia* (de próxima aparición). En cuanto a lo que sigue, no se debe olvidar que colegas de Ciencias Sociales han contribuido significativamente al florecimiento historiográfico actual, como Silvia Castro, Margarita Bolaños y Eugenia Ibarra.
- (18) Me limitaré a señalar sólo dos casos, contruidos en contra de la evidencia histórica: la imagen de la Costa Rica colonial que ofrece la película *La Segua* y la conversión de Juan Rafael Mora en un líder anti-imperialista y anti-oligárquico efectuada por Antidio Cabal. Véase: ACUÑA, Víctor Hugo, "La Segua. Una lectura crítica". En: *Aportes*. San José (Costa Rica), No. 23 (febrero-marzo de 1985), pp. 28-30. MORA, Juan Rafael, *Cuestión Mora y Aguilar* (Heredia, Oro y Barro, 1984), pp. 3-4.
- (19) MOLINA JIMENEZ, Iván, "Los jueces y los juicios del legado colonial del Valle Central de Costa Rica". En: *Revista de Ciencias Sociales*. San José (Costa Rica), No. 32 (junio de 1986), pp. 99-117. RODRIGUEZ SAENZ, Eugenia, *Estructura crediticia, coyuntura económica y transición al capitalismo agrario en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)* (San José, Universidad de Costa Rica, Tesis de Maestría en Historia, 1988), pp. 27-60. Es importante advertir que el dinamismo historiográfico no es un fenómeno exclusivo de Costa Rica. Véase, al respecto: ANDERSON, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico* (Madrid, Siglo XXI Editores, 1986), pp. 24-29.